

los primeros capítulos realiza de otras teorías de la revelación. Sin embargo, ante la lectura del libro no es posible evitar la sensación de que el autor ha tratado con excesiva superficialidad temas nucleares de la fe cristiana.

F. Conesa

**André LEONARD**, *Cobérence de la foi*, Desclée, Paris 1989, 162 pp., 22 x 14, 5.

«Una de las principales amenazas que comprometen la inteligencia de la fe, especialmente entre los jóvenes, es precisamente la dificultad que encuentran para captar la necesidad y la coherencia de las diversas mediaciones de la fe. El apartado complejo —y, sin embargo, transparente— de las mediaciones de la fe católica les parece con frecuencia como una enorme maquinaria cuyo funcionamiento ignoran» (pp. 12-13). Y de ahí procede el riesgo de abandonar «lo que no me dice nada»; o de la selección subjetiva en los contenidos de la fe; o de entregarse a la espontaneidad de una «fe» sin mediaciones.

Este libro es el fruto de un esfuerzo pedagógico para mostrar, con notable claridad y sencillez, la coherencia y necesidad de esas mediaciones. Se nota que el autor tiene una buena experiencia como docente universitario, también a alumnos no especializados en disciplinas teológicas. Miembro de la Comisión teológica internacional y profesor en la Universidad de Louvain, es ahora Obispo de Namur. Y aunque se presenta como sacerdote-filósofo, y solicita la colaboración y aportación de teólogos y exégetas para responder de un modo más completo y rico a las mismas cuestiones, su obra tiene consistencia teológica, rigor y densidad, aunque busca siempre el empleo de términos conocidos o tiene la pedagógica

paciencia de explicar los que pueden resultar novedosos a los profanos.

Una inicial descripción fenomenológica del orden ascendente de las mediaciones en la experiencia más común —el testimonio de vida y la palabra de los padres en el hogar; la Escritura, la Tradición, el Magisterio y la teología en el seno de la Madre Iglesia; sin descuidar los elementos afectivo-vitales— le permite después estructurar el conjunto de las mediaciones en tres capítulos, que consideran desde puntos de vista distintos los elementos ya vistos en la descripción fenomenológica: Jesucristo, el testimonio apostólico, la Eucaristía, etc.

El primer capítulo considera lo que llama mediaciones subjetivas; el segundo, de las objetivas; y el tercero, de las absolutas. El autor tiene la precaución de explicar, al exponer la referencia espiritual de la Iglesia que presenta al Espíritu Santo como subjetivo, como objetivo y como absoluto, el sentido de este modo de hablar que le permite la síntesis coherente, pero «presenta el inconveniente de sonar a 'hegelismo' haciendo pensar en la tríada del Espíritu en la *Enciclopedia* de Hegel» (nt 4, de la p. 28).

A clarificar la coherencia y el alcance de la triple presentación de las mediaciones, contribuye el apéndice sobre el empleo analógico del término —precisión especialmente necesaria por lo que se refiere a su aplicación intratrinitaria—, sobre su necesidad-libertad y sobre su integridad. También señala que sería más preciso hablar de las mediaciones bajo el aspecto subjetivo y objetivo, que referirse a mediaciones subjetivas y objetivas, aunque el sistema elegido le ha resultado pedagógicamente más clarificador.

El frecuente recurso a la «lógica mariana, cristológica, espiritual»; la aguda y frecuente utilización analógica de la «con-

versio ad phantasmata» tomista en un campo en que no se ha utilizado mucho; la rica percepción de la originalidad y riqueza del «acto de ser», que vuelve a mostrar la fecundidad teológica de una buena aproximación filosófica a lo real, todo contribuye a que la obra sobre la coherencia de las mediaciones de la fe tenga una notable unidad y coherencia interna. Son muy frecuentes las remisiones internas, también implícitas. Y la apertura de caminos no terminados de explorar, que hace de la lectura del libro algo agradable y sugerente.

Es de esperar que el autor no tarde en cumplir el propósito anunciado de publicar una exposición sintética de la fe que completaría, en su intención, el ciclo iniciado con «Pensamiento contemporáneo y fe en Jesucristo» y «Razones para creer», ya traducidos al castellano, y que se ha prolongado en el libro que ahora reseñamos.

E. Parada

**Josef IMBACH**, *Breve Teología Fundamental*, Herder, Barcelona 1992, 220 pp., 14 x 21, 5.

El autor, profesor en la Pontificia Facultad de Teología de San Buenaventura, de Roma, ya había publicado anteriormente la obra *¿De quién es Jesús?*, también en la Ed. Herder. Ahora nos ofrece este «Pequeño curso fundamental de fe», como dice el título original alemán, mucho más apropiado que el que se ha dado a la versión castellana que, en mi opinión, induce a error al utilizar de modo abusivo el término «Teología Fundamental».

Imbach ha escrito una obra de divulgación en la que son frecuentes los recursos literarios: desde títulos (por ejemplo, el del capítulo 1: *¿Algo así co-*

*mo el vestido de los domingos?*), pasando por las interrogaciones —presentes en seis de los once capítulos del libro— y la expresión apasionada, hasta las abundantes citas de literatos. No es, sin duda, ajeno a ello el hecho de que el autor se ocupe en su tarea docente de las cuestiones fronterizas entre literatura y teología. En cualquier caso no se debe buscar en esta obra un trabajo teológico propiamente dicho ya que se trata más bien de una cierta introducción a la fe en la que se abordan algunos temas centrales de la vida cristiana.

Es claro que al autor le mueve el deseo de presentar la fe cristiana del modo más razonable posible. Para ello busca puntos de contacto con hechos de la vida ordinaria, experiencias reflejadas en pasajes literarios, etc. Pero al hacerlo el autor no logra evitar una forma de irenismo que le lleva a mostrarse crítico respecto de la doctrina católica, y comprensivo con las posturas que se le oponen. En esta línea, por ejemplo, se mueve el capítulo sobre la fe fiducial, del que se desprende que Trento, lamentablemente, no comprendió los fundados motivos que Lutero tenía al proponerla (p. 68-72). De forma parecida, la existencia del diablo se despacha sin ninguna dificultad a partir de una exégesis apresurada y superficial del IV Concilio de Letrán (p. 169-170), e ignorando, por otro lado, intervenciones más recientes del Magisterio como el Credo del Pueblo de Dios, de Pablo VI. Estos y otros ejemplos transmiten al lector una evidente falta de rigor teológico.

Por lo dicho anteriormente se deduce que lo que podía haber sido un interesante instrumento para la catequesis de adultos ha quedado arruinado por su carácter confuso. El libro adolece, por otro lado, de un cierto tono didactista.

C. Izquierdo